

—La señora Banz duerme como una marmota, ¡aun debe estar roncando!

—¡Yo no iré!—murmuró la joven débil.

—¡Necia!—repuso la mayor.—¡Ya iré yo!

Habiendo llamado el profesor á la pizarra á la hermosa insubordinada, tuvo que acudir allí y tomar de manos del maestro el emperifollado yeso con papel dorado. Pero su explicación del problema no fué brillante.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO
VIII

La noche del siguiente día fué fecunda en acontecimientos: desde hacía muchos años, excepto las visitas del emperador y la emperatriz, el instituto no había sido testigo de tantas cosas extraordinarias.

En seguida Ariadna fué llamada á casa de la superiora, por haber faltado sin excusa admisible, á la clase de matemáticas. Esta vez la falta era flagrante, ¡no es posible retardarse hasta el punto que se deje pasar una hora! Y la Grabinof relatando el hecho, tuvo cuidado de apoyar lo que decía en la declaración de Ariadna, que había confesado no haber ido hacia la clase hasta las tres.

La joven encontró en casa de la superiora á la misma señora de cabellos grises que fué testigo de su primera reprimenda.

La señora Sékourof era la vecina más que la amiga de la directora; pero una costumbre antigua la llevaba allí especialmente por la noche, más para distraer el aburrimiento de su solitario hogar, que por simpatía á la vieja superiora.

Por su parte, la señora Batourof sentía una estimación muy sincera y casi respetuosa por su amiga, que, sin poseer gran fortuna, hallaba el medio de

hacer bastante bien; tenía una fe ilimitada en su juicio y en las ocasiones difíciles tomaba siempre sus consejos. Debemos confesar que rara vez los seguía, pero le decía lanzando un suspiro:

—¡La teoría de la vida y la práctica son dos cosas diferentes, querida mía!

Al entrar Ariadna se halló con la mirada clarividente de aquellos ojos buenos, inteligentes, y se sintió fortalecida de repente. Por su parte, la anciana señora comprendió en seguida que si la joven comparecía en tan poco tiempo ante su juez, no era por ninguna falta verdaderamente reprensible. La mirada honesta Ariadna no provocaba censura ni había en ella audacia; pero era de las que no se humillan ante un ultraje inmerecido.

—¿Otra vez usted, señorita?—dijo la superiora con severidad.—¿Es usted incorregible?

—Me he olvidado, señora—repuso Ariadna.—Le pido á usted perdón. Pero nadie ha venido á buscarme, y no tengo reloj.

—¿Muy fuerte cantaba usted para no oír tocar la hora de clase?

—No la he oído.

Al recuerdo de su éxtasis, los ojos de Ariadna recobraron aquella fijeza. Le pareció oír aún los sonos de aquella música celeste, nacida en ella misma, que le habían hecho remontarse hasta el cielo.

—Pues bien, señorita, ya que se olvida de la hora, no vuelva más á cantar; ya encontraremos otro castigo. ¡Váyase!

Ariadna, inclinándose en silencio, se dirigió hacia la puerta. A mitad del camino, una impulsión irre-

sistible la hizo volver la cabeza hacia la señora Sékourof; ésta, que la seguía con triste mirada, la hizo una señal amistosa. Ariadna sin saber por qué, sintiendo el corazón menos oprimido, regresó con paso más rápido que en sus eternos paseos por el corredor, en donde la esperaba la Grabinof, triunfante, como la araña que espera una mosca.

Cuando las dos señoras se hallaron solas, la Sékourof guardó silencio un instante.

—Es una joven muy extraordinaria—dijo con mucha dulzura á fin de no romper los pensamientos de su vecina si por casualidad pensaba en otra cosa.

—Sí—repuso la directora con una prontitud que probaba que meditaba en análogas ideas.—Solamente tiene una cosa en contra suya: su pobreza. En una joven de buena casa, esa originalidad sería un encanto; en una joven sin fortuna, es un error grave.

—¿No tiene absolutamente nada?

—Nada.

—¿Pero adónde irá cuando salga de aquí?

La superiora hizo un vago ademán que significaba: ¡quién sabe dónde!

—Estoy segura—insistió la señora Sékourof,—que si se la diese un buen profesor, sería una artista de primer orden; tiene una voz extraordinaria, y además, una energía reconcentrada, que creo la hará muy apta para la escena.

—Veo que sigue usted con su manía por el teatro. ¡Sería usted capaz de vender sus últimos trajes por una ópera nueva!—dijo sonriéndose la directora.

—Nada de eso; pero esa joven me encanta. ¿Es de carácter tan difícil?

—Hasta aquí nadie se ha quejado de ella; pero ya lo sabe usted, el último curso á veces nos da muchos disgustos... Es la edad de las revueltas y de otras cosas.

La superiora se calló reprimiendo un suspiro.

Desde hacía algunos días, aun antes de la conversación de la Grabinof con su querida Anita, indefinidos rumores habían venido á reconcentrarse sobre aquella especie de trompetilla acústica que se llamaba gabinete directorial. Se volvía á hablar de una historia antigua, hacía tiempo olvidada, que estuvo á punto de costarle á la superiora su plaza y sus recursos; la historia era vieja, databa lo menos de hacía veinticinco años. ¿Por qué la habían sacado del olvido?

Y además, he aquí que las necias criadas se habían puesto también á hablar de sombras que se paseaban por las salas de servicio. Se decía que el portero estaba siempre borracho desde hacía algún tiempo. Todo esto en sí era poco; pero como la directora conocía las espinas de su cargo, no tenía el alma tranquila.

—Ranine es exaltada—continuó diciendo, pues la importaba no dejar leer en su alma, ni hasta á su antigua y fiel amiga, á la más discreta de las mujeres;—esas jóvenes exaltadas, la mayoría concluyen mal.

—Sí, cuando no se las da medios para volver de su exaltación por las cimas de lo ideal. La Malibrán era también una exaltada y todas las que en las artes se han labrado un nombre.

—¡Vaya, amiga mía, no es posible fundar pensio-

nes en el conservatorio para todas las jóvenes que tengan la manía de cantar!

—Para todas, no; pero existen para algunas. ¡Felices aquellas que logran obtenerlas! ¿Querría usted dejarme conversar con esa joven?

—¡Con mucho gusto! Pero espere usted algunos días si tiene intención de halagarla. No quisiera que fuese en seguida, después de mis reprimendas.

—Es muy justo—repuso la señora Sékourof.—Ya le avisaré dentro de algún tiempo.

La conversación tocó algunos puntos más, pero sin fijarse. Cada una de las dos señoras tenía su preocupación y se separaron en seguida. Embargaba á la señora Sékourof el entusiasta pensamiento de hacer una artista de Ariadna, y la directora se engolfó en los recuerdos de aquella vieja historia recordada tan extemporáneamente los últimos días. Era en el refectorio donde se había sorprendido á las culpables... ¡No estaba vigilado el refectorio! ¿Pero quien podía figurarse que el perverso diablo impulsase á una joven á salir del dormitorio, á burlar la vigilancia de una señora de clase y á atravesar aquel enorme edificio?... Era preciso que el genio del mal fuese muy fuerte. ¡Sin embargo, los hechos existían! Era preciso expulsar á la joven.

Dieron las once; la directora, muda por la secreta inquietud, se levantó trabajosamente de su mecedora. Tenía sesenta y seis años cumplidos, y sus piernas abotargadas por la vida sedentaria no gustaban de largos paseos. Sin embargo, salió de su salón, encontrando en la sala de espera á su fiel criada, tan tiesa y tan gruñona como nunca.

—¿Es usted, señora?— exclamó;— sin embargo, ¿me parece que no ha llamado?

—No; ven conmigo, Grucha. Toma una luz; vamos á hacer una ronda.

Grucha miró á su ama con espanto.

¡Una ronda! ¡desde hacía quince años no pasaban ninguna! En los años que siguieron á ese enojoso suceso recientemente sacado del olvido, la superiora había prodigado las rondas y las inspecciones; pero después la vigilancia se resintió: la seguridad es una buena almohada; y pasaron dos ó tres años sin que ni la idea de hacer una ronda acudiese al cerebro de la directora.

—Sí, Grucha—repitió;—una ronda. ¡Vamos!

Grucha volvió á la noción de su deber; cogió un farol en la mano, ofreció el otro brazo á su ama, después de haberla puesto un chal sobre los hombros, y las dos mujeres entraron en el vestíbulo principal.

Todo estaba tranquilo. Las luces ardían apaciblemente; los peldaños de la escalera principal tapiados con paño color escarlata, se esfumaban en una semi-obscuridad, pero sin misterio; el reloj grande dejaba oír con ritmos iguales el golpe de su péndulo, y los soldados de servicio, pues los institutos en Rusia están custodiados por soldados con licencia ilimitada, roncaban acostados tranquilamente sobre los bancos de madera que guarnecían el peristilo. El suizo de aspecto solemne, durante el día con su uniforme escarlata galoneado, con águilas negras y blancas sobre fondo amarillo, dormía en su habitación, inmediata al gran tambor, que defendía la puerta de entrada. Nadie velaba en el instituto; ¿pe-

ro no era capaz de guardarse por sí sólo? ¿Las buenas cerraduras, las puertas de encina y los gruesos muros no eran suficiente defensa?

—¡Mira como estamos guardados!—suspiró la superiora.—Vamos, Grucha, por aquí.

En vez de dirigirse á los dormitorios, como ella esperaba, vió tomar á su ama con asombro el camino del refectorio. En efecto, se acordó que era allí donde veinte años antes se supo la verdad; reconoció en su fuero interno el buen sentido de su ama. Grucha creyó que había algo de cierto, y como también detestaba á todas las señoras de clase, no se incomodaba en descubrir algo molesto, cuando menos para una de ellas.

Caminaban con lentitud, la superiora se detenía ante cada puerta que daba sobre el corredor y comprobaba con la mirada si algún hilo de luz pasaba entre las junturas. El departamento de la inspectora, según disposición del reglamento, estaba abierto, pero todo el mundo dormía con profundo sueño.

Al fin, las dos mujeres se detuvieron ante el refectorio; la superiora prestó oído con una especie de supersticioso temor. ¿Oiremos voces como entonces? No, nada. Más tranquila, abrió la puerta y vió ante ella tres hermosas cabezas, inteligentes y azoradas, tres oficiales jóvenes que se levantaron con brusquedad á su aparición, quedándose firmes en sus puestos.

El silencio más espantoso reinó durante un momento. El semblante de la anciana mujer había tomado una expresión de indignación y de furor que la hacía terrible.

—¡Señores, ustedes aquí!—dijo al fin, abrazando á los Mirsky con su mirada.—¡Ustedes á quienes he acogido con confianza, á quienes ofrecí el pan y la sal! ¡Ustedes, ladrones de honras, que se introducen de noche en este asilo para seducir á las jóvenes que Dios y el Czar me han confiado! ¡Ah, señores!

En aquel instante, no representaba un papel; todo sentimiento mezquino estaba lejos de su corazón. Se volvió con un ademán de desagrado tan grande y tan augusto, que los jóvenes no pudieron por menos que bajar la cabeza murmurando:

—¡Perdón!

Las miradas de la vieja señora cayeron sobre la cesta de provisiones, de donde salían los golletes de las botellas de champaña é hizo un ademán de desprecio.

—Es verdad que mis jóvenes son culpables—agregó—y no trataré de disculparlas; pero no son ellas las que han entrado de noche en vuestras casas, burlando la vigilancia y corrompiendo á los guardianes. ¿Qué esperan ustedes, señores? ¿Han venido cuando menos con el objeto de consagrar por el matrimonio las promesas obtenidas? ¿Pero ellas, esas jóvenes, saben quiénes son ustedes? ¿Sus posiciones, sus fortunas, están en relación con las de ustedes?

—Tía, no nos ha guiado ningún interés—dijo el tercer oficial, que hasta entonces había permanecido en la sombra, y por otra parte, solamente he sido yo quien ha venido por una joven; mis camaradas no hacían más que acompañarme.

—¡Usted, mi sobrino! ¡Ah, esto es demasiado—dijo la tía indignada.—¿Cual es el nombre de la que

ha traído á usted aquí?

—No se lo puedo decir, tía.

La señora Batourof permaneció silenciosa un momento, y tomó con rapidez una determinación.

—Vengan ustedes, señores; no se debe violar por más tiempo el reglamento. Voy á hacer que les abran la puerta, pues aquí no debe hacerse creer que la superiora pueda ser engañada.

Se dirigió en seguida hacia la puerta que ponía en comunicación el refectorio con las cocinas, llamando con voz fuerte:

—¡A ver, uno!

El soldado de guardia se presentó.

—Acompaña á esos caballeros, y ven á verme mañana por la mañana—dijo la superiora.—Señores, ustedes tendrán la bondad de permanecer en sus regimientos como si estuviesen arrestados, hasta el momento en que les haga saber lo que he decidido.

Los tres oficiales se inclinaron profundamente ante la señora Batourof, que les respondió con una ligera inclinación de cabeza; luego salieron, quedándose ella con Grucha en medio del refectorio.

—Dios me ha protegido por esta vez—dijo haciendo la señal de la cruz;—al menos no he visto avergonzarse á ninguna de mis colegialas. Grucha, es preciso que mañana por la mañana sepa sus nombres. ¡Infórmate!

La superiora, sostenida por la criada, recorrió otra vez los corredores, subió la escalera, haciendo prudentes investigaciones en los dormitorios. Todo estaba en perfecto orden. Un olor á éter bastante pronunciado se percibía en las inmediaciones del ga-

binete de la señorita Grabinof, pero las señoras de clase con frecuencia están nerviosas; aquel olor nada tenía de insólito en el instituto. La superiora pasó de largo, regresando á sus habitaciones con el espíritu dolorido.

IX

La señorita Grabinof no tenía ninguna necesidad de emplear el éter para ella, por más que sus nervios estuviesen bastante excitados. Tenía plena confianza en la buena fe de sus alumnas, y su promesa de no escaparse de noche del dormitorio la tranquilizaba completamente; así es, que nadie se hubiera podido explicar por qué, en vez de acostarse tranquilamente como todo el mundo, puesto que no estaba de servicio aquel día, se puso en acecho detrás de la puerta de su habitación, que daba en frente del dormitorio.

Se censuraba á sí misma aquella velada, pues estaba muy rendida de las dos malas noches precedentes, y sin embargo, un secreto interés la retenía allí: tenía casi la certidumbre de ver aquella noche algo extraordinario.

En efecto, poco después de las once, oyó abrir con suavidad la puerta del dormitorio y Olga, la mayor de las Gracias, apareció un poco inquieta, con su linda cabeza inclinada, el oído atento, para asegurarse de la impunidad... Aun no había dado tres pasos, cuando la señorita Grabinof se colocó ante ella, muda y amenazadora, como el ángel que guardaba el

Paraíso terrenal. La joven tembló, pero con una presencia de espíritu extraordinaria la dijo:

—Mi querida señorita, ¿aun no está usted acostada? Tanto mejor, iba á pedirla unas gotas de éter. Tengo una terrible excitación nerviosa, que me hace sufrir horriblemente. ¡Démelo usted, se lo suplico!

Se frotó el cuello con tanta gracia, con tanta naturalidad, que la señorita Grabinof, muy persuadida en el fondo de que todo aquello no era más que una mentira, no pudo hacer otra cosa que llevarla á su gabinete y prepararle un vaso de agua azucarada.

—¿Por qué no se ha dirigido usted á la señora Banz?—preguntó sintiendo sospechas la señora de clase, á la vez que hacía disolver el azúcar con una cucharita;—el deber de usted era despertarla en lugar de salir del dormitorio.

—Mi querida señorita — respondió la picaruela, — ¿es que la señora Banz tiene corazón? En su lugar tiene un cangrejo cocido ¡estoy muy segura! Además, ronca tan fuerte que no hay manera de despertarla: toma cuanto se la pueda decir por sus propios ronquidos; además, no es bondadosa ni complaciente. ¡No es como usted, querida señorita mía! Hay más aún, usted sabe bien que ahora nos liga estrecha amistad. No quiero deber nada á nadie más que á usted.

La señorita Grabinof la ofreció un vaso con algunas gotas de éter y la acompañó hasta su cama, y advirtiéndola que si se sentía enferma fuese á buscarla, pues dejaría abierto toda la noche su gabinete y al menor ruido estaría en pie. Esta caritativa advertencia fué para la joven el mejor de los cal-

mantes, pues apenas se halló sola en medio del adormecido dormitorio, se puso á reir pensando en la cara tonta que debían poner los tres jóvenes en el refectorio. Muy pronto sus dos compañeras estuvieron al lado de su lecho para obtener detalles de su escapada: les refirió su mal encuentro.

—De manera que no hay nada que comer—suspiró el estómago sensible.—Habías prometido que nos traerías algo.

—Si quieres, te iré á buscar éter, aun queda en el frasco de la señorita Grabinof—repuso Olga.

Diez minutos después, todo el mundo dormía, excepto Ariadna, que pensaba en su triste porvenir. Aquellas pequeñas escenas nocturnas no la perturbaban; hacía mucho tiempo que tenía por costumbre ser testigo mudo é impasible.

X

Al despertar del día siguiente, todo el instituto supo que se había encontrado gente en el refectorio durante la noche.

El cesto de golosinas había quedado abandonado y el primero que lo encontró apoderóse de él, no sin preguntar de dónde procedería. El soldado de servicio, seguro de ser despedido y además castigado, había pedido alguna compensación en forma de provisiones, y la obtuvo. Así es que cuando la directora se acordó de aquella pieza de convicción y la envió á pedir, se halló con que semejante cesto nunca había entrado en el instituto; al menos nadie lo había visto.

¿Quién fué el primero en hablar de aquella aventura? ¿Cómo se esparció el rumor? Nadie sabría decirlo; pero á las siete de la mañana las Tres Gracias sabían que era imposible dudar estaba descubierto su secreto.

—¡Bah! siempre pensé en que esto acabaría así —dijo Olga filosóficamente contestando á las lamentaciones de sus compañeras.

—¡Pero nos despedirán!

—¡Que nadie confiese la verdad! —repuso la joven

peinándose sin prisa las magníficas trenzas de sus cabellos que le llegaban hasta más abajo de las rodillas.—¡Nunca se confiesa! ¡Sólo confiesan la verdad los imbéciles!

—¡Pero entonces se castigará á toda la clase!

—No se expulsará á toda la clase, ¡esto produciría un escándalo! Podéis estar tranquilas; la señora superiora está más inquieta que nosotras por el modo de acabar todo esto.

Aquella joven, profundamente versada en la ciencia del corazón humano, parecía tener completa razón; la superiora hubiese dado mucho por que nadie excepto ella, hubiese conocido la cuestión. Hasta se arrepentía de la inspiración que le llevó al refectorio, y en su inquietud resolvió enviar á llamar á la señora Sékourof, cuyos consejos eran siempre en el fondo tan excelentes y muy enérgicos en la forma.

—¿Qué ha pasado esta noche?—dijo aquella al entrar.

—¡Cómo!—repuso la directora con asombro,—¿también lo sabe usted?

—Lo he sabido al levantarme. Parece ser que toda una clase ha sido seducida por todo un regimiento, ¿eso es una mentira abominable?

La señora Batourof dió á su amiga cuenta del hecho sin desfigurarle, pues era una conciencia á la que había que hablar claramente.

—¿Y usted no sabe el nombre de las señoritas?—preguntó la señora Sékourof cuando estuvo enterada de todo.

La superiora reflexionó un instante.

—Me he preguntado—repuso—si haría mejor en

no saberlo.

—Es preciso saberlo á toda costa; la cosa es demasiado sabida, gracias á esa turba de danzantes y chismosas que bullen alrededor de usted. Habrá que dar una satisfacción á la opinión pública.

—¡Se le dará!—suspiró la señora Batourof.

Cinco minutos después, Grucha se presentó en la puerta. Su ama adivinó que tenía algo que decirle, y salió un instante. Regresó con el semblante soliviantado de tal manera que la señora Sékourof se asustó.

—¿Qué ocurre? ¿Una nueva desgracia?

—No, no, querida mía; ¡pero estoy trastornada! Acabo de saber los nombres. ¡Imposible decirlos, ni aun á usted, juzgue cuál es mi posición!

—¿Pero está usted completamente segura?

—En absoluto. La criada de aquel dormitorio lo sabía todo desde ayer, y esta mañana, llena de espanto, ha venido á decírselo á Grucha.

—¿Son de familias importantes?

La superiora hizo un ademán afirmativo.

—Aconséjeme usted—añadió.

—No puedo aconsejarle nada; esta es una de las circunstancias en la que el mayor servicio que se puede prestar á una amiga es no decirle nada, á fin de que no se arrepienta de haberme oído.

La señora Sékourof regresó á su casa, y la superiora mandó llamar á la inspectora.

Esta llegó tan consternada como lo hubiesen podido desear sus mayores enemigos; también sabía el nombre de las jóvenes, y como si hubiese tenido parte el demonio, había precisamente escogido *la flor*

de nuestro instituto, como decían con complacencia refiriéndose á las tres jóvenes las autoridades de aquel establecimiento en las visitas imperiales.

—En este momento no la dirigiré á usted censuras —empezó diciendo la superiora con su tono comedido,—ya hablaremos después. Ahora es preciso saber. ¿Se puede castigar á esas jóvenes? ¿Cree usted posible dar un escándalo?

La inspectora respondió con un signo negativo.

—Sin embargo —repuso la señora Batourof,— la cosa se conoce en todas partes; al presente, es casi seguro que los jóvenes se lo habrán contado á sus compañeros de armas... ¡Dios mío, Dios mío! ¡qué situación tan comprometida! ¿En qué piensan las señoras de clase?... Pero esta cuestión no quiero abordarla ahora. ¿Qué hacer?

La superiora estaba sentada en el rincón más distante de la puerta y la inspectora se acercó; se miraron y cuchichearon juntas. La conversación duró más de media hora, luego púsose en pie la señora Batourof y haciendo la señal de la cruz, dijo:

—¡Que el Señor venga en mi ayuda! Es una necesidad cruel y el corazón me sangra al pensarlo... Pero usted lo ha dicho, ¡un escándalo es imposible! Envieme á la señorita Grabinof.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA INSTITUCIÓN
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

XI

La señorita Grabinof no tardó en presentarse. A decir verdad, no era más grande que una rata, tanto se había encogido y adelgazado. La tempestad que esperaba no estalló, al menos en apariencia, pues recibió los efectos del rayo concentrado en una mirada, pero la tempestad no rugió, lo cual no dejó de sorprenderla.

—¡Tiene usted una alumna gravemente comprometida, señorita!—dijo la superiora.

La Grabinof, creyendo haber oído mal, miró á la superiora.

—No finja ignorancia ni agrave su situación con alguna torpeza. Una de sus alumnas está comprometida en la estúpida cuestión de haber dado una cita. Se dice en el instituto que ha sido una de las más nobles y más ricas...

—¡Eso es falso, excelencia!—interrumpió la Grabinof, fiel á su pacto de alianza.

—Bien sé que es falso—repuso la directora,—pero no me interrumpa usted, se lo ruego. Hubiese deseado que todos esos rumores se hubieran reducido á la nada; desgraciadamente, han tomado ya mucha consistencia y la calumnia va siempre en aumento. Si